

Perlas *de la* Madre de la Eucaristía

“MOVIMENTO IMPEGNO E TESTIMONIANZA MADRE DELL’EUCARISTIA” - AÑO XIX - N. 136

Fiesta del Triunfo de la Eucaristía y de la ordenación episcopal de S. E. Mons. Claudio Gatti



Dios Padre – Ahora soy Yo, Dios, el que habla. No me veís, ninguno de vosotros puede verme, ni siquiera tú, Marisella, puedes verme. Estoy aquí presente para deciros que todos vuestros sacrificios, vuestros sufrimientos, vuestro amor, han producido la conversión de tres mil quinientos millones y una persona.

Mis queridos hijos, soy Yo, Dios, el que os habla y os doy las gracias, pequeñas criaturas, por todo lo que habéis hecho, pero aún no habéis terminado de rezar, de hacer florilegios y sacrificios. En este pequeño lugar que Yo he escogido, que Yo he definido taumatúrgico, tenéis que continuar rezando, para que acaben las guerras, termine el terrorismo y tantas otras maldades que ocurren en este mundo tan corrupto, como dijo mi Hijo Jesús. (...)

Hoy gozad por este gran anuncio que os he dado, habéis merecido esta alegría. Yo, aunque vosotros no me veáis a mí, os veo, os veo a todos, ayudo a todos los que quieren ser ayudados. No os preguntéis nunca: “¿Por qué Dios no hace esto? ¿Por qué Dios no hace aquello otro? Yo soy Dios y sé lo que tengo que hacer. Cuando ordené Obispo a vuestro sacerdote dije: “Te ordeno obispo”, no dije: “Si quieres, te ordeno obispo”; es muy diferente el discurso. Pero los hombres no lo han aceptado, mis hombres no lo han aceptado. Eh ahí porque hay tanta necesidad de rezar por los hombres de la Iglesia que reciben a Cristo sin estar en gracia; por los hombres de poder que hablan y nunca son capaces de hacer nada para salvar al mundo. (De la Carta de Dios, 29 junio 2002)

En este número...

Homilía de S.E. Mons. Claudio Gatti del 11 junio 2008

Homilía de S.E. Mons. Claudio Gatti del 22 junio 2008

Homilía de S.E. Mons. Claudio Gatti del 29 junio 2008

Oración pronunciada por S.E. Mons. Claudio Gatti el 29 junio 2008



Homilía del 11 junio 2008

Escuchar a Cristo que llama a las almas es tremendo. No he querido que se leyeran los versículos de la Resurrección porque, en este momento, estamos en plena pasión. Una carga enorme nos ha golpeado y nos golpea cotidianamente en las espaldas, probadas y cansadas con un cuerpo ahora frágil y consumido. Os hablaba de Abraham, pero quiero tomar prestadas las palabras de Jesús, cuando dijo: *“La reina vino de los confines de la tierra para conocer a Salomón”*; y aquí hay algo más que Salomón, creo yo. Aquí hay alguien que ha tenido pruebas más dolorosas y tremendas que las de Abraham, como ocurrió ayer. No es el momento de hablar, he hablado mucho, quizás demasiado. Es el momento de rezar y de suplicar a Dios: es este el motivo por el cual, incluso yendo contra una disposición litúrgica, he querido que Jesús presente en la Eucaristía que ha sangrado, estuviese con nosotros desde el inicio. Sé perfectamente que encima del altar Cristo está presente en Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad desde el momento de la consagración, pero este es el mes dedicado a Su corazón y quería que nuestros corazones se dirigieran, ahora, directamente al suyo. Para ser mártires y tener la palma del martirio no hace falta derramar físicamente la sangre, hay muchos martirios que, sin haber derramado ni siquiera una gota de sangre, han sido cortados, triturados, machacados por el dolor y el sufrimiento, pero es humano decir, como Cristo en Getsemaní: *“Pase de mía esta cáliz”*. Él lo ha bebido, pero después de ni siquiera veinte horas ha vuelto al Padre. Puede suceder que Dios pida a alguien que beba el amargo cáliz, y no una, sino varias veces, y aunque se lo haga beber a sorbos, en momentos diferentes, es siempre el mismo cáliz. Con una diferencia: después de haberlo bebido pueden pasar semanas, meses, años, decenios y la situación sigue siendo la misma. Este es el momento de la oración. Es inútil que yo ahora os hable, sólo pondría amargura en vuestros corazones, hablad vosotros a Jesús y, el que quiera, que venga aquí, el que pueda que se arrodille, el que no pueda que se quede de pie y rece en voz alta. Pocas veces os he pedido así con tanta insistencia, casi mendigando, que estéis cerca, que estéis cerca de la vidente y del Obispo. Vosotros sabéis que, de caídas, antes del llegar al Gólgota, Jesús ha tenido más de tres y esto nos alegra porque nuestras caídas, como las de Jesús son muchas y son caídas de amor, pero llega el momento en el que es legítimo, es humano pedir ayuda a Dios. Por esto os pido, también a vosotros, que os unáis a nosotros y, estoy seguro también a todo el Paraíso, empezando por la Madre de la Eucaristía, para pedir a Dios no los triunfos, que en este momento no nos interesan, sino un poco de paz, de serenidad para poder estar mejor. Jesús está aquí presente y, si quiere, nos lo puede conceder, por eso haced que hable el corazón, no penséis en la sintaxis, ni en la gramática, haced hablar al corazón, no tengáis miedo, no seáis cobardes.

Homilía del 22 junio 2008

I lectura: Jeremías 20,10-13; Salmo: 68; II lectura: Rm 5,12-15; Evangelio: Mt 10,26-33

Pues he escuchado la calumnia de la gente: «¡Terror por todas partes! ¡Anunciadlo, anunciémoslo!». Todos los que eran mis amigos me espiaban a ver si daba un paso en falso: «¡Quizás se deje seducir; nosotros lo venceremos y nos vengaremos de él!». Pero el Señor está conmigo como un héroe potente: caerán mis adversarios derrotados; ahí están en su fracaso avergonzados, en ignominia perpetua, inolvidable. ¡Señor omnipotente que juzgas con justicia, que ves los sentimientos y los pensamientos, haz que yo vea tu venganza sobre ellos, pues en tus manos he dejado mi causa! Cantad al Señor, alabad al Señor, porque él libra al pobre del poder de los malvados.

Yo creo que sería suficiente el fragmento tomado de la primera lectura para que dierais vuestra aprobación, tanto intelectual como emocionalmente, sobre lo que he dicho varias veces ya. Jeremías es el profeta que más amo porque me he revestido muchas veces de su vida, de sus experiencias, en las condenas recibidas, en los juicios maliciosos que la autoridad del tiempo ordenó hacia su persona. Es un profeta, un hombre que vive y encarna la misión que Dios le ha confiado, con sufrimiento, pero es, de todos modos, atraído continuamente por Dios: “Tú, oh Dios, me has seducido y yo me he dejado seducir” (Jer 20, 7), es el profeta que, probablemente, respeto a los demás, también terminó su vida terrena de una manera más drástica, ya que lo mataron. Es el profeta, sin embargo, que fue recto por su camino, sin ceder ni conceder nada a nadie, es aquel que vivió de manera auténtica y generosa la difícil tarea que Dios le confió. Cuando Dios llama a un alma y le confía tareas, cualesquiera que éstas sean, son siempre muy duras y difíciles y los que son llamados a encarnarlas y a realizarlas sufren inmensamente. Si observáis a una persona que dice o hace entender o de la cual se dice que ha sido llamada por Dios y la veis vivir en la realización, en la alegría, en la satisfacción, en el agrado, en la ausencia de problemas y sufrimiento, podéis tener la certeza y decir que allí no hay Dios; pero si observáis a una persona y la veis gemir, sufrir y que es machacada por la maldad humana en todos los modos posibles e imaginables entonces tenéis que decir que allí está Dios. Sufrimiento quiere decir autenticidad de misión, ausencia de sufrimiento significa engaño humano que trata de hacer creer que Dios ha llamado a cumplir una misión. Para haceros comprender cuál es la extrema diferencia, me permito ponerme de parte de Jeremías y deciros: analizad mi existencia y haced lo mismo con la vida de aquél del cual hoy hablan todos los periódicos y del cual ha hablado la televisión por haber celebrado un aniversario eclesialístico, y vosotros ya comprendéis a quién me refiero, y os daréis cuenta que no hay sufrimiento en esta persona pero, por desgracia, él es causa de sufrimiento. Yo puedo decir, junto a Jeremías “terror por todas partes”, es decir, basta mirar alrededor y ver una multitud de enemigos que están dispuestos a apuñalarte. Una vez, hablando con la Virgen, le dije: “¿Pero no ves que Marisa y yo somos tratados como San Sebastián, que estamos maltratados por todas las flechas y de todas partes?”. Aquél que es inocente y que lleva a cabo la misión suscita una envidia y unos celos inimaginables. Cuanto más grande es la misión que tiene que ser llevada a cabo más grande es la envidia y los celos que nacen del corazón de los que deberían apoyarlo y que, sin embargo, lo contrastan y se lo impiden hasta el punto de que organizan cualquier cosa para llevarlo a engaño y hacerle caer. Una vez caído, enseñan a sus hermanos que la misión que llevaba a cabo no era verdadera porque cayó. Pero el que sufre y que lleva a cabo la misión es débil y es normal que caiga, como Cristo cayó subiendo la colina del Gólgota, como Elías que se echó bajo el árbol porque estaba agotado físicamente y perseguido por los guardias, como Pedro que cayó frente a una mujer que simplemente le había hecho una pregunta, como los apóstoles que huyeron y luego volvieron asustados por lo que estaba ocurriendo contra su maestro. Esta debilidad humana existe y coexiste con la grandeza de la misión. Os he dicho, mirad el sufrimiento y mirar el amor, pero la humanidad y la fragilidad

hacen que, a veces, se sienta y se experimente la impotencia y es bueno que sea así porque esto sirve para no enorgullecerse, así nosotros, una vez caídos, podremos prevalecer por encima de él y nos tomaremos la revancha. Recordad a aquél que dijo: *“Me vengaré y lo destruiré”*, una vez más hay esta gran semejanza y estas son las palabras del profeta, palabras que no son de resentimiento o de rencor, sino de aflicción y no podemos condenarlo y criticarlo si ha sentido estos sentimientos humanos y asombrosos. Pero, al mismo tiempo, teniendo en cuenta su debilidad y fragilidad, se dirige a aquél que es poderoso y omnipotente, como el niño que sintiéndose en peligro levanta la mirada y se tranquiliza al ver cerca de él a su papá y a su mamá, también el profeta, el apóstol, aquél que ha recibido de Dios la misión, basta que levante la mirada al cielo y sienta sobre él, presente y activo, el amor y la misericordia de Dios para animarse; cualquier profeta que esté flanqueado por Dios, puede decir: *“Está el Señor fuerte y poderoso”* y el Señor, como dice la Virgen en el cántico del Magnificat *“Derriba del trono a los poderosos”*. Mirad, hay una conexión maravillosa y, una vez más, en el momento adecuado, en el tiempo señalado por Dios, ni un minuto antes ni un minuto después, como Nuestra Señora nos ha recordado muchas veces, los enemigos de Dios caerán uno tras otro, para asombro de los que asisten a esta catástrofe. También los que habían construido la torre de Babel habían llegado muy alto, y cuanto más se levantaban más conflictivo había y no se comprendían entre ellos porque estaban cerrados al diálogo, al coloquio y a la experiencia de dar a otro y vivían solo pretendiendo recibir. *“Mis perseguidores vacilarán, no prevalecerán, se sonrojarán porque no tendrán éxito, y será una vergüenza eterna e imborrable para los perseguidores”*. Prestad atención a quiénes son los perseguidores ¿quizás son los pobres, los enfermos, los débiles, los ignorantes, los incapacitados, los prisioneros? ¿Quiénes son? Los poderosos. Sí, los perseguidores son los poderosos, tanto en la Iglesia como en el Estado. Ahora haré una cosa que en tantos años, no he hecho nunca. Vosotros sabéis, y podéis dar testimonio, de que en mis homilias, en las catequesis, en los encuentros bíblicos me limito a citar la Sagrada Escritura, la revelación pública y la revelación privada, me limito a citar a los autores del Cielo. Raramente, y esto lo sabéis, he citado a autores que no están en la Sagrada Escritura, porque los del Cielo son tan claros, tan hermosos y tan ricos que me parece superfluo citar los de la Tierra. Quiero citar al cardenal Martini, que a su vez nos ha citado a nosotros, invocando a la Madre de la Eucaristía con ocasión de la clausura de la fiesta del Corpus Domini. El Cardenal Martini hizo un retiro espiritual a los sacerdotes, al inicio de este mes, por tanto la noticia es muy fresca y, leyendo lo que afirma, recordaréis lo que ha dicho Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo, la Virgen, San Pedro, San Pablo, Pablo VI y otros grandes personajes que, con el permiso de Dios, nos han hablado. Veréis que dicen exactamente las mismas cosas. Oíd lo que dice este cardenal, enfermo y sufriendo de Parkinson y que, además, ha tenido, a veces, que interrumpir los ejercicios que hacía para ir al hospital a ponerse en tratamiento. Es un testamento suyo, él lo ha vivido como tal y ha dicho: *“Antes de morir tengo que hablar a la Iglesia y decir lo que no he dicho antes”*. El único rapapolvo que me permito hacerle es el de por qué no ha hablado antes, pero es mejor tarde que nunca. Ha tomado como punto de partida la carta a los Romanos de la que estamos hablando también nosotros, mirad que coincidencia, y ha hablado del pecado; el cardenal Martini ha afirmado que todos los pecados, sin excepción, han sido cometidos, en la historia de la Iglesia, por sacerdotes, religiosas, religiosos, cardenales, obispos y también por papas. ¿Cuántas veces me habéis oído decir esto a mí? Y ha hablado de los vicios capitales de la Iglesia, sin miedo y consciente de decir cosas extremadamente desagradables, ha querido y ha insistido en querer hablar de los pecados que se refieren justamente a los sacerdotes y ha dicho que estos pecados pueden ser, según él, externos: fornicaciones, homicidios y robos que hacen relación a toda la historia de la Iglesia, y sabemos que puñales y venenos en todas las épocas han estado presentes en el Vaticano. Y luego están los que están dentro de la Iglesia: la codicia, la malicia,

adúlteros. El ex arzobispo de Milán cree que el vicio clerical por excelencia entre los sacerdotes, los eclesiásticos hasta llegar a la cúspide es la envidia. ¿No os dice nada todo esto? Si lo hubiésemos dicho nosotros, o mejor, si lo hubiese dicho Dios o Nuestra Señora, se habrían escandalizado, pero contado por alguien que ha ocupado cargos de importancia, ya que no sólo fue arzobispo de Milán, sino también el presidente de todas las Conferencias Episcopales de Europa, entonces no se escandaliza nadie. Comprendéis mejor ahora cuando la Virgen dice: *“Porque piensan en el poder y en la carrera”*. El otro gran pecado en la Iglesia es la calumnia, sí, lo dice Martini: *“Tengo que hablaros también de la existencia de la calumnia. Felices aquellas diócesis donde no existen cartas anónimas, cuando yo era arzobispo daba órdenes de destruirlas, pero hay diócesis enteras arruinada por las cartas anónimas, a lo mejor escritas en Roma. Quiero esperar una renovación en la Iglesia, tengo que hacerlo porque será el último retiro que haré y esto forma parte de la elección que hace una persona anciana y en la recta final, hay muchas cosas que tengo que decir a la Iglesia. Hablar del defecto presente en la Iglesia que es el de la vanagloria”,* y mira por donde, cita esta forma de vanidad que se manifiesta en los vestidos, y se podría decir que ha tomado como punto de partida a los mensajes de la Virgen. Martini cita los ejemplos: *“Primero los cardenales llevaban una cola de seis metros, los hombres de la Iglesia se revisten continuamente de ornamentos inútiles”*. El cardenal pone en guardia a los sacerdotes del terrible orgullo del hacer carrera, *“pensando en la carrera”*, también esto, cuantas veces lo habéis oído decir a la Virgen. Incluso en la Curia romana cada uno quiere ser más que los demás, ciertas cosas no se dicen porque saben que bloquea la carrera. Este es un mal gravísimo de la Iglesia, sobre todo en la ordenada según jerarquías, porque se impide decir la verdad, tratando de decir lo que gusta a los superiores, tratando de actuar según lo que se imagina que es su deseo. Por desgracia hay sacerdotes que tienen como objetivo convertirse en obispos y tienen éxito, hay obispos que no hablan por no bloquear su candidatura al cardenalato. Tenemos que pedir a Dios el don de la libertad, es Jesús quién lo ha dicho, la verdad os hará libres, yo puedo decir que nunca he temido nada y que he dicho siempre abiertamente aquello de lo que estaba plenamente convencido, he pagado duramente pero esto lo he hecho. Estamos llamados a ser transparentes, a decir la verdad, hace falta mucha gracia, pero el que lo consigue es libre. Creo que en este momento, esta sugerencia viene de lo alto. Yo creo que el cardenal Martini ha querido hacer el retrato robot del futuro Papa, es lo que él no ha dicho, pero creo poder decir que es la esperanza la que le ha sostenido para hablar de este modo, ha llegado a los ochenta años y, aunque estuviese vivo, no participaría en el próximo cónclave, pero él piensa que ha llegado a la meta y, antes de decir adiós, dice: *“Mirad, si queréis un Papa que guíe verdaderamente la Iglesia, tiene que estar libre de todos estos vicios capitales de los que os he hablado y tener el don, la fuerza, el valor de ser libre y no estar condicionado por nadie”*.

Y ahora, ¿qué puedo decir?, orad para que esto se realice y después, ya que estamos, doy gracias a Dios porque esta es la mejor manera de cerrar nuestro año social, pensando y reflexionando sobre los males de la Iglesia. Vosotros sabéis que la Iglesia renacerá, entonces habrá este encuentro entre lo divino y lo humano, Dios, que garantiza este renacimiento y hombres fuertes y valientes que empiezan a salir fuera de esta ley del silencio y a defender la verdad. Llegará el momento del contacto entre Cielo y tierra en este punto y se verá todo el Cielo desplegado para llevar a cabo esta verdad y la victoria es del Cielo, porque Dios es Omnipotente, pero Dios quiere que haya también una colaboración humana por lo que no todos, porque es imposible, pero una cierta parte de los sacerdotes, obispos y cardenales honestos, sinceros, generosos y desinteresados colaborarán, pero esto la Virgen ya lo ha prometido. Ahora entendéis porque os pido siempre que releáis las Cartas de Dios. *“Estamos preparando obispos valientes, incluso valerosísimos”*, pero ¿os lo tengo que recordar siempre todo? Y ahora esperemos que haya y se realice el contacto entre cielo y tierra porque, en el momento del contacto, sabéis que cuando se unen los polos, positivo y negativo, salta la chispa, y nosotros la esperamos.

*Festa del Trionfo dell'Eucaristia
e dell'ordinazione episcopale
di S. E. Mons. Claudio Gatti*



29 GIUGNO 2016



Homilía del 29 junio 2008

SANTOS PEDRO Y PABLO APOSTOLES

I lectura: Hc 12, 1-11; Salmo 33; II lectura: I Tim 3,1-6; Hc 20,18-20;23-24;28;33; Evangelio: Mt 16, 13-19

Hoy, en este lugar, que por el poder de Dios se extiende hasta convertirse en inconmensurable e inmenso, se han encontrado las tres iglesias: la Iglesia triunfante, la Iglesia militantes y la Iglesia purgante. Cuando Jesús, en la Carta de Dios, dijo que todo el Paraíso se había volcado aquí, se refería a la Iglesia triunfante. La Iglesia militante somos nosotros, el primer núcleo, las primeras células de la nueva Iglesia, que nacerá renovada por la sangre de Cristo, de su poder redentor y de su amor sufrido en la cruz. La Iglesia purgante son nuestros hermanos que todavía están privados del don de la visión beatífica y que esperan su purificación. Deseamos que el tiempo de purificación sea breve y este deseo será sufragado durante la celebración de la Santa Misa. En particular, me refiero a los que están ligados a nosotros por vínculos de sangre, de parentela, de amistad o que han formado parte de nuestra comunidad, que ya ha echado raíces en cada uno de los cinco continentes.

Nosotros somos la Iglesia militante, los modelos indicativos de la nueva Iglesia. Habiendo seguido últimamente mis catequesis y las lecturas de hoy, habréis notado que hay un recorrido que delinea cada vez mejor, y no puede ser de otra manera, la figura del Obispo. Hoy celebramos una de las obras más grandes de Dios: no festejamos la persona, sino la obra del Señor porque todo lo que está realizado por Dios es un don inmenso, a veces incluso incomprensible, que Él hace para la humanidad entera. Esta ordenación episcopal, por desgracia, todavía hoy, no es aceptada, especialmente por los dirigentes de la Iglesia; no es don hecho solamente a la persona individual, porque no tendría significado, sino que es para toda la Iglesia. Es como si Dios dijese: *“Yo soy el Cabeza de la Iglesia, intervengo cómo y cuándo quiero y dirijo el curso de la Historia de la Iglesia hacia las metas y los objetivos que Yo mismo estoy estableciendo y fijando”*. Uno de tantos objetivos, y la celebración de hoy nos da pleno derecho, es la figura del Obispo. En uno de los últimos encuentros bíblicos, para haceros comprender lo que un obispo no debería ser, os leí, cosa que yo raramente hago, una reflexión del Cardenal Martini referente a los defectos presentes en el clero.

Las lecturas de hoy tratan de cuáles son las condiciones, las cualidades de los que aspiran al episcopado. La segunda lectura está compuesta de la Primera carta de San Pablo a Timoteo y de los Hechos de los Apóstoles, pero es siempre San Pablo el que habla.

“Esto es cierto: el que aspira al episcopado aspira a una noble tarea. Es necesario que el obispo sea intachable, casado una sola vez, sobrio, prudente, de porte educado, hospitalario, capaz de enseñar; no debe emborracharse, ni ser amigo de peleas; debe ser ecuánime, pacífico y desinteresado; que sepa gobernar bien su propia casa y hacer que sus hijos sean obedientes y respetuosos; porque si uno no sabe gobernar su propia casa, ¿cómo podrá cuidar de la Iglesia de Dios? Que no sea recién convertido, para que no le seduzca el orgullo y venga a caer en la condenación del diablo. Es también necesario que tenga buena fama ante los de fuera, para que no incurra en el descrédito y en los lazos del diablo. (...)

Vosotros sabéis cómo me he comportado con vosotros desde el primer día que llegué a Asia y durante todo este tiempo: he servido al Señor con toda humildad, entre lágrimas y entre las pruebas que me han causado las insidias de los judíos. Sabéis que no he evitado nunca lo que pudiera ser útil, a fin de predicaros y de instruiros en público y en privado. Sé solamente que el Espíritu Santo en cada ciudad me confirma que me esperan cadenas y tribulaciones. Sin embargo no considero mi vida merecedora de nada, con tal de que lleve a término mi carrera y el servicio que me fue confiado por el Señor Jesús, de dar testimonio al mensaje de la gracia de Dios.

Velad por vosotros mismos y por todo el rebaño, en medio al cual el Espíritu Santo os ha puesto como

obispos para pastorear la Iglesia de Dios, que él ha conquistado con su sangre.

No he codiciado ni plata, ni oro ni los vestidos de nadie”

La frase inicial probablemente os puede angustiar: *“Es cierto: el que aspira al episcopado aspira a una noble tarea”*. ¿Qué quiere decir este versículo? Poned atención: Pablo es hijo de su tiempo y en aquel período convertirse en obispo era vivido más como un peso que como un honor. De hecho se buscaban mayormente otros dones y carismas sobrenaturales, como por ejemplo el don de la profecía, que era considerado superior al episcopado mismo, justamente por la responsabilidad que este oficio exigía en el ejercicio de sus funciones. Por lo tanto está bien desear el episcopado si se reúnen las condiciones de las que él hace una larga lista: *“Es necesario que el obispo sea intachable, casado una sola vez, sobrio, prudente, de porte educado, hospitalario, capaz de enseñar; no debe emborracharse, ni ser amigo de peleas; debe ser ecuánime, pacífico y desinteresado”*. Por lo tanto si el candidato no tiene estas cualidades, no tiene que ser ordenado obispo. Existe una institución eclesiástica que propone los nombramientos episcopales, pero por desgracia no tiene presentes las indicaciones de S. Pablo contenidas en este fragmento de la escritura, porque si fueran tenidas en cuenta hoy no tendríamos tantos nombramientos episcopales que dejan mucho que desear. Es absurdo: nosotros que defendemos y nos referimos continuamente a la Palabra de Dios somos criticados y condenados.

El obispo no tiene que ser propenso a la riqueza en absoluto, ni a la búsqueda de poder sino que tiene que vivir su papel como un servicio, esto enseña Pablo y sin embargo hoy es verdaderamente lo contrario. Así que en la nueva Iglesia el retrato robot del obispo tiene que ser justamente el siguiente: pobre, desapegado de los bienes materiales y que viva su papel como un servicio; recordad siempre lo que dijo la Virgen: *“estamos preparando buenos obispos”*. Es inútil entre los diversos títulos el de *“siervo de los siervos de Dios”* si no lo vive de principio a fin. Jesús enseñó justamente esto en la última cena durante el lavado de los pies: *“Vosotros me llamáis Maestro y Señor; y decís bien, porque lo soy. Si yo, que soy el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, también vosotros tenéis que lavaros los pies los unos a los otros. Yo os he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis lo que yo he hecho”* (Jn 13,15), es decir, poneros al servicio de vuestros hermanos. El obispo tiene que ser pobre, siervo, disponible, dispuesto, generoso, leal, puro; la castidad es un valor que Dios Padre ha confirmado hace pocos días durante una conversación con Marisa y conmigo.

Los sacerdotes tienen que ser célibes, dejemos hablar a todos esos mochuelos que invocan el derecho a la libertad, a la modernidad. El sacerdote se tiene que parecer a Cristo, con su vida tiene que recordar que la condición final del hombre en el Paraíso será la de puro espíritu y por lo tanto no habrá necesidad de matrimonio. Todas estas cualidades que habéis escuchado hoy una vez más, están ligadas indisolublemente al amor y a la caridad. Sin la caridad no son nada. S. Pablo nos ha enseñado también tal concepto: con la caridad se ofrece a Dios lo mejor de uno mismo. *“Aunque hable las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo amor, no soy más que una campana que toca o unos platillos que resuenan. Aunque tenga el don de profecía y conozca todos los misterios y toda la ciencia, y aunque tenga tanta fe que traslade las montañas, si no tengo amor, no soy nada”*. (1Cor 12, 1-2). Podré ser sabio, un óptimo programador, un políglota, un teólogo, un filósofo pero si no tengo caridad, si no amo, no soy nada. En la nueva Iglesia los candidatos al nombramiento episcopal tendrán que poseer tales características, si no las tienen, no habrá nada que hacer aunque estén recomendados. Recordad las palabras pronunciadas por el Cardenal Martini, que no es el último necio de la Iglesia. Hoy los nombramientos episcopales se hacen por recomendación. Tenemos que mirar los modelos y Pablo es uno de ellos. Él se ha sacrificado por sus fieles porque se preocupaba por su salud espiritual y temblaba cuando en las comunidades se infiltraban doctrinas venenosas,

contrarias a las que él había enseñado. También el gemelo de Pablo, Pedro, es un modelo a seguir. Por desgracia es citado más frecuentemente como el del lado débil antes que el fuerte. Hoy querría revalorizar la figura de Pedro que recibe de Jesús un elogio maravilloso, porque él, iluminado por Dios Padre, reconoció la figura y la misión de Cristo, *“Tú eres Cristo, el Hijo del Dios vivo”* (Mt 16, 16). Esto significa tener fe; un sacerdote, un obispo no puede no tener fe. En la carta de Dios de hoy, Jesús ha dicho: *“Vosotros habéis sabido por un mensaje de mi Madre que a un alto prelado le ha sangrado la Eucaristía mientras celebraba la S. Misa, pero él la ha quitado de en medio y ha puesto en su lugar otra hostia blanca. ¿Por qué tienen tanto miedo de mi sangre?”*. Nosotros sabemos el nombre y apellido de este eclesiástico. Durante la celebración de la Santa Misa él ha tenido un impulso a la conversión, un milagro eucarístico entre sus manos, y sin embargo, en vez de estar agradecido a Dios, ha tirado la hostia a otra parte, profanando la Eucaristía. ¿Es fe ésta? Si no tenemos fe, y Pedro nos recuerda la importancia, no podemos ejercer nuestro papel porque nosotros solos no llegamos a ninguna parte; solo con la ayuda y la gracia de Dios llegamos a todas partes. Esta es la enseñanza de Cristo: *“En verdad, en verdad os digo: el que cree en mí, hará las obras que yo hago y las hará aún mayores que estas, porque yo voy al Padre”*. (Jn 14, 12).

Mirad aquí, delante del altar, donde está representado lo que acabo de decir. (A los pies del altar hay un adorno donde está representada la Eucaristía y tres birretes NdR). Haced una bella foto porque en esta imagen está todo. Es fácil identificar a los tres birretes: Pedro, el blanco, Pablo el de oro y modestamente, el mío, el púrpura. Está también el triunfo de la Eucaristía, que da vitalidad y linfa, cielo, tierra y mar y la gracia abundante. Esto me recuerda las palabras de San Agustín: *“Donde ha abundado el pecado ha sobreabundado la gracia”*. Mirad los ríos de gracia que salen fuera de esta ánfora, se trata de la redención que ha cambiado la Historia del hombre, por la cual ya no somos como antes. La espada es la Palabra de Dios que penetra en profundidad y permanece clavada dentro de nosotros. Todo esto nos tiene que empujar verdaderamente a rezar por la Iglesia.

Nos volveremos a ver en septiembre, estaréis todos y lo sabéis, porque no moriréis; mientras no haya el triunfo nadie de la comunidad morirá. Rezad por la Iglesia, es la única intención que os dejo y confío para estos dos meses. Recemos por la Iglesia, tenemos que dar lo mejor de nosotros mismos, porque Dios con su fuerza, instado por nuestras pobres oraciones, haga cuanto antes lo que esperamos. La cita es el 6 de septiembre en el lugar taumatúrgico en la fuente de San Lorenzo. Volvamos a los orígenes después de tres años. Desde allí, cerca de aquella fuente, hace treinta y siete años, empezó nuestra historia y quién sabe si puede ser terminada y que haya un final que tenga una conexión con el inicio. Inicio y fin siempre en nombre de la Madre de la Eucaristía, en nombre de la Eucaristía.

Oración pronunciada por por S.E. Mons. Claudio Gatti

29 junio 2008

Dios, Uno y Trino, presente en la Eucaristía, Dios nuestro papá, Dios hermano nuestro, Dios amigo nuestro, Dios mi Todo, me dirijo a Ti y me inclino ante Ti. Tú eres nuestro Todo y Te he invocado como Te invoca siempre la Madre de la Eucaristía, la que nos ha enseñado a dirigirnos a Ti con afecto, sencillez y libertad de hijos. Mi Dios, nosotros Te amamos, te hemos dado muchas pruebas de este amor que, quizás, habría podido ser mejor, más generoso, sin embargo a veces te lo hemos ofrecido incrustado de nuestros defectos y de nuestros límites, pero el oro, aunque esté incrustado de materiales menos nobles es siempre oro y para que pueda brillar con luz y ser apreciado, tiene que pasar primero por el fuego purificador y nosotros, Dios mío, hemos pasado, a través del fuego purificador del sufrimiento. Cada uno de nosotros, desde el primero al último miembro de esta comunidad, ha saboreado la sal del sufrimiento y yo me pregunto, Dios mío, ¿por qué para seguirte, por serte fiel, tus verdaderos hijos son siempre perseguidos y condenados? Tú me puedes responder porque se repite y no cesa por culpa de los hombres, la desventurada historia de Caín y Abel, pero yo Te digo: Señor, haz que tantos Caínes que hay en la Iglesia, en la sociedad y en el mundo, cedan el paso al justo Abel; haz, oh Señor, que finalmente este sea el último año de espera que se está prolongado hace decenios. Haz, oh Señor, que al menos hoy, aunque no pronuncies aquella palabra que nosotros esperamos y que lo encierra todo, aunque no pronuncies tu basta, haz, oh Dios, mi Todo, que Tú puedas pronunciar una palabra que sea cercana al concepto de basta y para nosotros será alegría después del llanto, después del dolor, después del padecimiento. Dios mío, gracias, porque has sostenido esta comunidad este año, una comunidad que fue agredida, tanto desde el interior como del exterior, por fuerzas que parecían preponderantes, pero que no han vencido, has vencido Tú una vez más y nosotros podemos cantar “Christus Vincit, Christus Regnat, Christus Imperat”. Sí, Dios Uno y Trino, Tú tienes que triunfar, Tú tienes que reinar, Tú tienes que vencer al mal que está entre los hombres y sustituirlo con Tu amor y con Tu gracia. Tus victorias, Dios mío, son elevadas, son espléndidas, son maravillosas, son, a veces, incomprensibles, pero si interrogamos a la historia vemos que Tú, protagonista absoluto de ésta, has guiado siempre al hombre hacia el bien y si hoy hay en el mundo aquel fango, aquella porquería maloliente, que es sólo y exclusivamente por culpa de los hombres que se han alejado de Ti, o mejor, que Te han sustituido por sí mismos. Estos casi Te han depuesto para entronizarse a sí mismos, Te han dejado de lado para reclamar la atención y los elogios sobre sí mismos, casi Te han puesto la mordaza en la boca porque, orgullosos como Satanás, pensaban que distribuían sus palabras, que son sólo palabras llenas de veneno. Dios mío, no me toca a mí zarandearte porque Tú sabes cuándo y cómo intervenir, pero danos la fuerza para llegar a Tu meta, danos la serenidad para vivir este período, que deseo sea muy breve, en serenidad y en paz, haz que podamos gustar siempre la alegría del amor, que de manera doble nos orienta hacia Ti y hacia los hermanos. Dios mío, acuérdate de Tu Iglesia y permíteme, después de haberme inclinado, adorante ante Tu presencia, que me dirija a la que está aquí a tus pies, de rodillas, que

continúa intercediendo por nosotros y que nos hace señas para que alcemos la mirada hacia Ti, para ver aquella sangre que ha sido rechazada por tantos hombres de Iglesia, pero que nosotros queremos custodiar celosamente como el bien y el don más precioso que nos has hecho. Aquella sangre, Jesús, es la sangre también de Tu Madre, porque ella es Madre, Madre de la Eucaristía, Madre de la Iglesia, Madre de cada uno de nosotros. Oh, Madre del cielo, sólo tú, después de Dios, conoces y tienes en tu corazón el recuerdo de todas aquellas noches insomnes y dolorosas, de todos aquellos días en los que el corazón ha estado apretado por las garras del desánimo hasta llegar a desear, para poder salir de esta dolorosa situación, de cerrarlo todo. Dios, solicitado por Ti, pronunció esas dos palabras, "No, nunca", pero también dijo otras cosas hermosas que tú nos ha recordado siempre, que aquí viene la Trinidad, no sólo porque hay el sacrificio eucarístico y en la Eucaristía está presente la Trinidad, sino que viene como Teofanía, como manifestación del único Dios en tres personas iguales y distintas, aquí vienes Tú, o mejor, ésta es una de Tus casas donde Tu presencia es más frecuente y que continúa. En este lugar, que el Padre ha hecho taumatúrgico, Tú, Jesús, has llamado al Obispo, Obispo de la Eucaristía y a la vidente, la Víctima de la Eucaristía y yo, en este momento, no miro a las personas, sino a Tus obras. Tú, Jesús, has dicho y has añadido a la palabra Obispo y a la palabra vidente, el adjetivo más importante, el Obispo más importante, la vidente más importante y lo digo porque no quiero disminuir los dones que Tú has hecho a tu Iglesia; la atención no tiene que ir a nuestras modestas personas, sino a aquel que ha querido, en su infinita cercanía al hombre, escoger dos criaturas que ciertamente los hombres no habrían escogido nunca, pero que Tú has escogido y, tal como nos sorprendiste entonces, nos sorprendes cada vez cuando Te manifiestas a nosotros. Oh Madre, oh Mamá, o dulce amiga y hermana, infunde en nuestro corazón un poco de tu amor; nosotros queremos amar a tu Dios y nuestro Dios, pero nuestro amor está muy por debajo, así que súplenos tú con tu ser, danos tu amor de Madre, haznos sentir y convence a cada uno de nosotros de lo hermoso que es dirigir el amor a Dios que, Padre amoroso, está dispuesto a tendernos Sus brazos. Dios mío, Madre del cielo, no puedo terminar esta oración sin dirigirme a aquellos que hoy festejamos: Pedro y Pablo. En este momento, Dios mío, yo siento porque Tú lo has dicho, que tengo en común con ellos el gran don de la ordenación episcopal; Tú has ordenado obispo a Pedro, Tú has ordenado obispo a Pablo, Tú me has ordenado a mí, tu humilde siervo, igualmente obispo como a ellos. Así que, queridos hermanos en el episcopado, dadme vuestra fe, vuestro entusiasmo, vuestra ansiedad para las Iglesias, vuestro deseo de poneros al servicio de todos, para que yo pueda seguir vuestras huellas y teniendo a uno de vosotros de una parte y al otro de la otra, juntos caminar hacia nuestro Jesús, nuestro Hermano, nuestro Salvador, nuestro Mesías, aquél que nos ha llamado a ser ministros de la Palabra, ministros de la Eucaristía en la Iglesia que él ha fundado y que continúa sosteniendo a pesar de que los hombres han tratado de derribarla como tú, Pablo, lo fuiste por Jesús. Jesús es poderoso y lo ha logrado contigo, pero los hombres no conseguirán derribarla, porque frente a Cristo, presente en Cuerpo, Sangre, Alma y divinidad nosotros doblamos las rodillas, nos inclinamos y decimos:

“Tú eres Jesús nuestro Dios, nuestro Hermano, verdadero Hombre, verdadero Salvador”.
Amén y aleluya.



Desde 1995 hasta el 2004, Jesús y la Madre de la Eucaristía, o los ángeles, han traído hostias muchas veces al lugar taumatúrgico, sacándolas de los sagrarios para protegerlas de la profanación.

Algunas por deseo de Dios, no se han consumido y, después de muchos años, están intactas y no muestran signos de deterioro. Han mantenido íntegra la forma y la firmeza, manteniendo inalterado el color blanco brillante y yendo en contra de las leyes de la naturaleza.

Desde el 2011, con ocasión de la Fiesta del Triunfo de la Eucaristía y de la ordenación episcopal de S.E. Mons. Claudio Gatti, durante la adoración eucarística entronizamos sobre el altar las 6 hostias que todavía se conservan. Estas son, por orden cronológico:

- 1) 18 Febrero 1996
- 2) 22 Marzo 1998
- 3) 17 Mayo 1998 (1ª efusión de sangre) y 6 Junio 1999 (2ª efusión de sangre)
- 4) 16 Mayo 2000 (1ª efusión de sangre), 6 Abril 2002 (2ª efusión de sangre) y 30 Diciembre 2003 (3ª efusión de sangre)
- 5) 11 Noviembre 1999 (1º efusión de sangre) y 18 Mayo 2000 (2ª efusión de sangre)
- 6) 15 Enero 2004

Movimento Impegno e Testimonianza "Madre dell'Eucaristia"

Via delle Benedettine, 91 - 00135 Roma, Italia

Tel. +39.06.33.80.587

Internet <http://www.madredelleucaristia.it>

E-mail: mov.imp.test@madredelleucaristia.it